

De todo como en botica

HÉCTOR ANAYA

Supongo que esto de *La farmacia humana* es la versión metrosexual, actual, de nuestros días, del viejo dicho “De todo, como en botica”, que ya sólo utilizan aquellos que a cada rato nos fechamos con Carbono 14, por andar recordando antigüedades del siglo pasado.

Porque al menos aquí en la mesa, como en el libro y en el público –supongo– hay de todo, como en botica. Aquí y allá, gente muy sabedora de la ciencia, como la muy culta, danzonería, mambolera y astrónoma maestra Julieta Fierro, la muy ilustre pediatra, María Antonieta Flores, algóloga (es decir experta en el estudio del dolor, no es que sepa nada más de algo, ya que más bien es muchóloga) y el muy reconocido químico Benjamín Ruiz Loyola, perito de Naciones Unidas en armas químicas de destrucción masiva, como los tacos de nana y buche, nuestras muy mexicanas aportaciones al arsenal bélico, y el no menos sabihondo médico René Anaya, que es a quien más quiero de todos los que están aquí y disculpen la discriminación, pero es que más que mi hermano es mi amigo.

Déjenme creer, entonces, que a esta homologación –neologismo por analogía, equivalencia o simple semejanza– de la farmacia y la botica, debo mi inclusión aquí, entre tanta gente que sí sabe del asunto y no como yo que soy neófito en el asunto. Intuyo además que si me dejaron de telonero o para hablar al principio es para que si digo una burrada ésta sea borrada –aliteración deliberada, mi querida académica de la

lengua, que también lo es, Julieta Fierro–, borrada, repito por la carga de los 500 dragones de la sabiduría que me sucederán.

Serán, entonces, los demás presentadores del libro los que se referirán a los asuntos médicos, propiamente químicos, farmacológicos, científicos en fin, en tanto que yo me ocuparé de los otros menesteres que tienen que ver con el libro de marras, como se decía antes –y dale con la arqueología. Hablaré de su redacción, por ejemplo (aunque todos los de la mesa también son escritores).

Porque ciertamente es de agradecer que cualquiera, pero en especial un médico, se tome el trabajo de escribir no para sus cuates de academia o de dialecto, sino para el resto de los mortales. Y más aún si lo hace con claridad y amenidad. Y la claridad, según Quintiliano no es que algo pueda entenderse, sino que no pueda no entenderse. Es decir, a prueba de... presidentes, bueno “de algunos” (ahora está de moda, entre empresarios, decir que “algunos” nada más, para no enemistarse con todos.

Bueno, al margen de los retortijones político-empresariales, regresemos a la materia de la que quiero hablar, de la escritura. Escribir para que todo mundo entienda o no pueda no entender, es bueno, buenísimo, ya lo quisieran muchos secretarios de Estado o muchos comunicadores de polendas, que se hacen bolas con los verbos irregulares (emparentan en vez de emparientan); con los participios irregulares (electos en lugar de elegidos); que vuelven listados los que no tienen rayas; que llaman nominar a lo que es postular; que a la recla-

mación la vuelven cortejo animal cuando la transforman en reclamo, o que convierten en discriminación a una secreción (las cochinas de que habla Julieta en uno de sus libros más exitosos) cuando dicen segregar en vez de secretar.

En el libro de René el lenguaje es pulcro, cuidado y no contaminado. Él escribe secretar y no segregar; cuando se refiere a un ser agresivo no lo confunde con un empleado impetuoso, audaz, emprendedor, sino que lo ubica como alguien capaz de un acto violento y no confunde incluso con inclusive, ni le quita la p a psico, para que siga siendo alma y no higo. En fin, es de celebrar que un escritor atienda una vieja recomendación que ya muchos han olvidado, si no es que simplemente nunca supieron: que quien debe trabajar es el autor y no el lector.

Y no es tarea fácil transitar entre palabras que son asechanzas con “c” y asechanzas con “s”, y continuamente nos remiten al griego o al latín, pues lo sepamos o no, nos enfermamos y aliviarnos en griego y en latín. La medicina no viene del ISSSTE o del Seguro –y ahora menos– sino del latín *medicinus* [lo que receta el médico] y los fármacos no llegan de los narcos sino del griego. Y las enfermedades, las patías: cardiopatías, neuropatías, nefropatías, psicopatías y antipatías nos las aporta el griego, igual que las algias (dolores): neuralgia, cefalalgia, nostalgia, glosalgia (dolor de la lengua que me va a dar a mí si no termino pronto).

Las itis (inflamaciones), son igualmente griegas: colitis, gastritis, laringitis, hepatitis, apendicitis, mielitis, mieditis. Pero los bacilos son bastoncitos latinos y los virus son veneno, ponzoña, humor maligno, directos del latín. El coco no viene de los cuentos de espantos, sino del griego y aunque en principio significa grano, en realidad mata el neumococo, por ejemplo, o el estreptococo o el estafilococo o el peor de los cocos, el que descubrió Salvador Novo y que tanto daño hace a la literatura: el grafococo, el escritor microbio que todo lo contamina.

René no es de esos, desde luego. Hace años que escribe con limpidez y divulga con un estilo propio, más bien con estilete pues tiene título de médico cirujano, aunque sólo opera transformación cultural en quien lo lee. Practica la imbecilectomía con sus escritos, pero como la tontería es una peste se propaga más pronto que los alcances de sus remedios.

Este es un libro destinado a vacunar contra la charlatanería, pero como hay que leerlo, el médico René Anaya se ha auxiliado del escritor René Anaya –que hace tiempo dejó sin terminar una novela, y ésta es una infidencia que a lo mejor luego me la reprocha más el hermano que el autor– para producir un libro que no nos interna por los meandros de la especialización, por lo que si tiene que soltarnos una verdadera palabrota como *psiconeuroinmunoendocrinología* –30 letras: sí es una palabrota– primero nos aclara uno por uno los cuatro sistemas de control del organismo que originan ese trabalenguas y luego ya nos lo repite hasta que aprendamos de todos ellos para vivir en paz, tranquilos y sonrientes.

Es incapaz de dejarnos en ayunas, como algunos médicos acostumbran, so-pretexto de que son términos propios de su profesión, con lo que tratan de encubrirse en el esperanto de la impunidad: “Su cuadro hepático-raquíctico-mastoideo, por la sinergia de su colinergia va a requerir una intervención poco invasiva y no tan álgida como onerosa”. O sea que si no tiene seguro de gastos médicos mayores es muy probable que se haya equivocado de hospital.

La palabra justa y precisa y el ejemplo entendible los van a encontrar en el libro de René Anaya, que en esto sigue una vieja tradición que se va perdiendo, de médicos aptos para curar pústulas, empachos y soponcios, pero también para sanar el alma con relatos y poemas.

Allí están como ejemplos muy conocidos de la literatura mexicana los médicos Enrique González Martínez, Mariano Azuela, Enrique Cabrera, Elías Nandino, Juan Vicente Melo, Santiago Genovés, Eduardo Césarman, Federico Ortiz Quezada y como médicos a medias Jaime Sabines y Hugo Argüelles. Entre las grandes figuras de la literatura universal los nombres son apabullantes: Chéjov, Rabelais, Keats, Celine, Somerset Maugham, Arthur Conan Doyle, Eugenio Sué.

La relación médico-literatura no termina allí. Hay médicos hijos de la ficción, dignos, ejemplares y otros siniestros y grotescos: el Dr. Frankenstein, el Dr. Jekyll, el Dr. Watson, el Dr. Zhivago, el Dr. Scholl, psiquiatra de algunos políticos, el Dr. Cuato, el Dr. Peza, el Dr. Simi y el diabólicamente lúcido Dr. House.

Regresemos al tema: bienvenido a los libros, René. Decía un ilustre médico escritor, el Dr. Félix Martí Ibáñez, que todos

los médicos deberían escribir. Y en buena medida muchos lo hacen a diario, pues redactan historias clínicas que ya las quisieran para un domingo cualquiera escritores que gozan de reputación, pero que no llegan a la entraña de los asuntos, ni conmueven al lector. René llega a la entraña del lector y lo conmueve, al enterarlo de todos los chochos, pastillas, cápsulas, píldoras y drogas como la marihuana y la nicotina, que todos tenemos dentro y que se van a desperdiciar ahora que ya nadie nos fume porque se acaba de prohibir la fumada en público.

Y si no nos fuma el “amorcito corazón” que esperamos, ¿qué vamos a hacer con todo el arsenal químico con que llegamos provistos para hacer química y otras cositas con la pareja: feniltilamina, dopamina, sonatinas, serenatinas, sonrisinas y todo lo que acompaña al enamoramiento? ¿No hay respuesta? Prueba no superada.

Del libro del doctor René Anaya se pueden inferir muchas conclusiones, pero la más importante y menos productiva para

los médicos y los boticarios es que la automedicación sí se vale, pues nuestro propio organismo la determinó, mucho antes de que las autoridades la prohibieran.

Y esta farmacia humana ni se vende ni se alquila (el libro sí está a la venta a un precio accesible). La propia, nada más hay que mantenerla bien surtida, ni gastar demasiado algunos neurotransmisores, ni ahorrarse catecolaminas, ni desperdiciar enzimas o despilfarrar aminoácidos, ni dejar de utilizar las hormonas de la caridad, ni excederse hasta la adicción de la adrenalina o la endorfina o perder la poca insulina que hay en el estante humano.

Aunque cabe esperar de René, con su larguísima experiencia de divulgador científico y sus capacidades resguardadas de narrador, que se valga de su propia farmacia humana y de sus neuronas de escritor para darnos más oportunidad de leerlo. Bienvenido al gremio. Entrás por la puerta grande. ■



María Emilia Benavides